

## 24 DE MARZO.

Misa en la capilla Sixtina.—Ofertorio de Palestina.—Procesion en la capilla Paulina.—Lavatorio de piés.—Mesa de la Cena.—Funciones del gran Penitenciario.—Tinieblas.—Lavatorio del altar de San Pedro.—Estacion.—Sermon de la Pasion de San Andrés della Valle.

El Juéves Santo despierta en el universo católico los más tiernos recuerdos, pero en Roma los repite de una manera más viva y más completa. A fin de representar á Nuestro Señor que en la última cena fué el único y primer sacerdote, el obispo ó el cura es el único que celebra la misa en cada parroquia; los otros sacerdotes se abstienen de decirla en señal de luto. Así como Nuestro Señor se dió él mismo en alimento á sus discípulos, así el pastor lo da á sus ovejas más numerosas en la Santa Mesa en éste, que en otros días. El cardenal decano es el que celebra la misa delante del altar de San Pedro en la capilla Sixtina. El Soberano Pontífice, precedido de la cruz y del cortejo ordinario, revestido con la capa de plata y la mitra de oro, fué á colocarse en su trono y recibió la obediencia del Sacro Colegio. En el ofertorio se cantó la célebre composición *Fratres, ego enim*. Acabada la consagracion, dos maestros de ceremonias comenzaron la distribucion de los cirios para la procesion al sepulcro. Fueron llevados por los capellanes ordinarios á los cardenales, patriarcas, obispos, abades mitrados, prelados, protonotarios y generales de las órdenes. Al acabar la misa, el cardenal celebrante puso la hostia de los *Presantificados* en un cáliz llamado el *Cáliz del sepulcro*. Este cáliz es de cristal de roca montado en plata esmaltada, en la cual se ve á Nuestro Señor con los doce

Apóstoles, y dos círculos de piedras preciosas rodean la copa y el pié. La vista de este soberbio vaso nos recordaba dolorosamente que habia sido robada bajo la dominacion francesa; pero habiéndose encontrado más tarde, fué vuelto á su primer destino.

A poco el Sacro Colegio se reviste con los ornamentos sagrados de color blanco, y el Soberano Pontífice, bajando del trono, viene á colocarse delante del altar en donde recibe el cáliz del sepulcro. Se pone en marcha la procesion y atraviesa la sala Real. Este soberbio vestíbulo de la capilla Sixtina está iluminado por doce cuernos de la abundancia, de donde salen una multitud de bugías. Durante la procesion, se extiende un magnífico pálio, sostenido por obispos, encima del Soberano Pontífice que lleva el Santo Sacramento; todos los cardenales marchan con la cabeza desnuda, llevando en una mano su cirio iluminado y en la otra la mitra que contiene su solideo rojo; el coro canta el *Pange lingua*. En el momento en que el Santo Padre pasa al umbral de la capilla Paulina, se entona el *Verbum caro*. Al llegar Su Santidad al pié del altar, pone el Santo Sacramento en manos del prelado sacristan, quien lo deposita en la urna del sepulcro y cierra la puerta con una llave que se confía al cardenal granpenitenciario, quien debe officiar al dia siguiente. No hablo de la bendicion papal que sigue á la procesion porque ya llegará su turno cuando hable de la Pascua. Luego que el genio nos lo permitió, visitamos la capilla Paulina, cuya iluminacion tenia aquella magnificencia y aquel gusto exquisito que solo se encuentra en Italia.

A este doble recuerdo de la institucion de la santa Eucaristía y de la muerte del Señor, sucede la representacion de los actos de humildad sublime con los cuales coronó su vida. El Santo Padre, acom-

pañado de toda su córte se traslada al Vaticano á la capilla de los Santos Proceso y Martiniano; aquí tiene lugar la ceremonia del *Mandatum* ó lavatorio de piés. El trono pontificio está colocado en un recinto circular sobre un estrado levantado entre las dos columnas del altar. En el fondo se dibuja un hermoso tapiz que representa la *Providencia sentada en el globo del mundo, entre la Justicia y la Caridad*; en la parte inferior se ven dos leones que sostienen los estandartes de la Iglesia. Detrás está fijo en la pared el magnífico tapiz de la *Cena*, trabajado en el hospicio de San Miguel, segun el fresco de Leonardo de Vinci. A la izquierda del trono ricos aparadores contienen las jarras, los lavamanos, las flores, las toallas y otros objetos necesarios para la ceremonia; á la derecha, reina un largo estrado en donde están sentados los Apóstoles.

Se da este nombre á trece sacerdotes á quienes el Santo Padre les lava los piés. ¿Por qué el número trece y no doce? Segun el docto Farnelli es para representar á los doce Apóstoles y á María hermana de Lázaro que derramó un bálsamo precioso á los piés de Nuestro Señor; otros han creído que era un recuerdo del Angel que fué á reunirse á los doce pobres alimentados todos los dias por San Gregorio Magno en su residencia del monte Célio. Como quiera que sea, en virtud de una concesion pontifical pertenece la eleccion de los Apóstoles al cardenal camarlengo que nombra uno; al cardenal secretario de Estado, uno; al cardenal prefecto de la Propaganda, dos; al cardenal protector de los Armenios, uno; al embajador de Francia, uno; al de Austria, uno; al de España, uno; al de Portugal, uno; al mayordomo, tres; al capitán de los Suizos, uno.

Los Apóstoles, vestidos á la antigua, llevan un largo vestido de lana fina blan-

ca, una túnica con un cinturón de cinta de seda, una capa blanca de capuchón prendida en el pecho con dos pequeños broches; alrededor del cuello una especie de golilla plegada; en la cabeza un gorro largo de forma cónica adornado con una borla todo de lana blanca, con excepcion de los adornos y otros agregados que son de seda blanca; están calzados con zapatos de cuero blanco. Cuando el Soberano Pontífice está sentado en el trono, el primer cardenal diácono canta el Evangelio: *Ante diem festum Paschæ*; luego los cantores entonan la antifona *Mandatum*. Entonces el Papa se levanta y deja la capa, pero conserva el amito, la alba, el cordón, la estola violeta, el formal y la mitra de lana de plata. El cardenal diácono le ciñe con un gremial de lino blanco, adornado con encajes; y el vicario de Jesucristo, precedido de los maceros, del caudatario, del primer maestro de ceremonias y de los dos cardenales diáconos, se dirige al estrado de los Apóstoles para renovar el ejemplo de su divino Maestro.

Al acercarse el Pontífice, el lavador apostólico, vestido de negro, desnuda el pié derecho de cada Apóstol. Un subdiácono de túnica blanca y sin manipulo, se sitúa á la derecha del Papa y sostiene el pié de los peregrinos, mientras el Pontífice lo lava con agua vertida por un *bussolanti* y que cae en un lavamanos de plata esmaltada. El Papa frota el pié ligeramente, lo enjuga con un lienzo, lo besa y se inclina. Dos *bussolanti* de capa roja siguen al Santo Padre, llevando dos lebrillos de plata de los cuales uno contiene lienzo destinado á enjugar los piés de los Apóstoles y el otro trece ramilletes de flores naturales.

Después del lavatorio de los piés, cada Apóstol recibe de mano del Papa una servilleta y un ramillete de flores; y de mano del prelado tesorero, que lleva capa pluvial, dos medallas, una de oro y otra de plata.



Tienen el diámetro de un medio escudo romano y presentan por un lado la efigie y el nombre del Papa reinante y el año de su pontificado; por el otro lado se ve á Nuestro Señor lavando los piés en San Pedro y abajo se lee la inscripcion siguiente: *Ego dominus et magister exemplum de di vobis*. Estas medallas están encerradas en una bolsa de damasco carmesí con galones de oro.

Durante esta ceremonia, en donde se ve al Vicario de Jesucristo, al augusto gefe de la cristiandad humillarse y abatirse trece veces delante del pobre y del peregrino y hacerse realmente en aquel día el siervo de los siervos, nos decíamos á nosotros mismos: Si un antiguo Romano, si uno de los Césares volviese á la tierra y contemplase en la gran Roma, sobre las ruinas mismas del palacio imperial un espectáculo semejante, ¿cuál sería su asombro? ¿El, que no veía en los pobres más que seres despreciables, qué sería de él al ver á los monarcas á sus piés? ¡Magnífico poder del catolicismo, que en una sola de sus ceremonias restablece la verdadera nocion del poder y muestra á todas las generaciones que entre el paganismo y nosotros, el Evangelio ha colocado el infinito!

Un poco más, y esta grave enseñanza iba á ser completa. En la gran sala situada encima del peristilo de San Pedro está puesta la mesa de los Apóstoles. Con increíble trabajo llegamos á penetrar hasta ella. La mesa apostólica se levanta en un estrado separado del público por una barrera; es larga, igualmente adornada con lienzos plegados, jarras de flores, diversas piezas de platería y de trece pequeñas estatuas de plata esmaltada que representan á Nuestro Señor y á los doce Apóstoles. De trecho en trecho se ven dispuestas con simetría jarras doradas cargadas de frutas y de dulces. En el lugar de cada Apóstol está un cubierto de plata con dos

pequeños panes. Los Apóstoles mismos estaban en pié detrás de la mesa esperando la llegada del Soberano Pontífice. El Santo Padre apareció precedido por la cámara y los prelados con *mantellone* VIOLETA, y todos los Apóstoles doblaron la rodilla. Su Santidad llevaba la sotana blanca y la muceta roja, rodeada de armiño. El maestro de cámara le puso un mandil de lino finísimo, bordado con encajes, y le presentó el lebrillo de plata. Despues de esto, los peregrinos fueron sucesivamente á que el Santo Padre les lavase las manos y luego, vueltos á su lugar, esperaron para sentarse que el Santo Padre bendijese la mesa. Despues del Benedicto, un capellan comenzó la lectura é inmediatamente se vió que del fondo de la sala se adelantaban obispos y prelados que llevaban en servilletas los platos que servian al Santo Padre, doblando la rodilla. El Santo Padre los recibia en sus manos y los presentaba á los Apóstoles á quienes sirvió á menudo agua y vino. Durante la comida, yo veía aquel buen Papa pasar y volver á pasar en el estrado, delante de la mesa, velando porque nada faltase. El estaba muy conmovido, las lágrimas corrian de sus ojos; para enjugarlas, sacó de su bolsa un pobre pañuelo de algodón, de pacotilla; ¡y este era el Papa! Antes de salir, El Santo Padre se lavó las manos, bendijo á los Apóstoles y se retiró. Lo que sobra de la mesa, así como el vestido que se ponen, pertenece á los Apóstoles.

Hé ahí una de esas escenas que es imposible olvidar nunca. Abraham y los patriarcas, el Hijo de Dios y la primitiva Iglesia han pasado á vuestra vista. El cristianismo acaba de enseñarnos en accion lo que es, lo que fué, lo que será siempre. El poder convertido en una carga, la grandeza en la sierva de la debilidad, el amor en lugar de la autoridad, la abnegacion

sucediendo al egoísmo, el pobre y el pequeño rehabilitado, la fraternidad de todos los hombres sin distincion de razas, de dignidades, de nacimientos, en una palabra, la milagrosa revolucion operada en las ideas y en las costumbres del género humano, por el cristianismo, ¡todo está allí! ¡Qué libro fué nunca tan elocuente como semejante ceremonia.

Despues de las doce el gran penitenciaro se traslada á San Pedro para ejercer las funciones de su cargo, y nosotros le seguimos. Fué recibido por los penitenciaros nacionales y por los canónigos. Despues de haber adorado al Santo Sacramento en el sepulcro de la basilica se sentó en un estrado levantado á un lado de un pilar de la cúpula, oyó las confesiones y concedió indulgencias segun la antigua costumbre, cuya explicacion he dado ya.

De la basilica volvimos á entrar á la capilla Sixtina para asistir á las tinieblas del día siguiente. ¡Qué espectáculo de luto y de tristeza! Toda la capilla despojada de sus colgaduras y de sus adornos; el trono del Papa sin respaldo; los bancos de los cardenales sin tapiz, la tribuna de los príncipes despojados de sus terciopelos carmesies con franjas de oro, el pavimento de la capilla privado de su ancha alfombra verde; el altar desprovisto de mantelos; el cuadro del retablo cubierto con un velo violeta y la cruz con un velo negro; seis cirios de cera amarilla iluminaban toda aquella escena y confundiendo su claridad dudosa con la de los cirios de igual naturaleza colocados en el candelero triangular al lado del altar. El Santo Padre lleva un gran manto de sarga roja con capucha y la mitra de tela de plata; el Sacro Colegio la capa violeta; los alabarderos y maceros las alabardas y mazas vueltas al revés. Cuando en medio de este lúgubre aparato y de este triste espectáculo, la voz de los

cánticos resuena á vuestros oídos con las Lamentaciones de Jeremías ó el *Miserere*, es imposible dejar de sentir una emocion profunda y universal. ¡Estais presentes á un entierro, y que entierro, gran Dios!

La impresion se fortifica y se completa cuando despues de las tinieblas se vuelve uno á San Pedro para el lavatorio del altar. Esta ceremonia se hace por el cabildo en medio de una pompa lúgubre y con el canto de la antifona *Diviserunt vestimenta mea*; "Dividieron mis vestidos;" y el salmo *Deus, Deus, meus, quare me dereliquiste?* "Dios mio, Dios mio, por qué me has abandonado?" Y parece que se oye aún á la gran Víctima, repetir del seno de aquellos altares despojados, aquel largo grito de dolor con que hizo resonar el Gólgota. Entre tanto el cabildo se ha retirado, el altar queda enteramente descubierto, los ciento veintidos cirios que rodean la confesion están apagados. En este momento de despojo y de silencio, un frio desusado impresion el alma más fuertemente tal vez que en cualquiera otra época del año; las proporciones de la basilica parecen duplicarse, las tinieblas misteriosas que reinan en sus profundidades más remotas, algunos reflejos lejanos que se perciben en el fondo de la iglesia para dirigir los pasos de aquellos que son los últimos en dejar aquel inmenso templo, hacen nacer como un religioso terror en el alma del espectador habituado á las ricas claridades de la espléndida basilica. 1

El tiempo nos permitió visitar algunas estaciones. Las que nos causaron una emocion más dulce por su buen gusto y por el piadoso concurso de los fieles, son las de *Jesus* y de *San Antonio de los Portugueses*. Acabamos este día, rico en tantas gracias y recuerdos, asistiendo á *San Andrés della Valle* al sermón de la Pasion. Esto era á las tres de la mañana, la

1 *Capillus Popales*, p. 274.



iglesia estaba llena, y deseamos que todos los peregrinos oigan, como nosotros, referir los dolores del Hijo de Dios, al elocuente P. Ventura.

## 25 DE MARZO.

Viernes Santo.—Golpe de vista sobre Roma.—Veneración de las reliquias en Santa Cruz de Jerusalem.—Oficio en la capilla Sixtina.—Adoración de la Cruz.—Tributo real.—Exposición de la verdadera Cruz.—Tinieblas.—Veneración de las reliquias de San Pedro.—Las tres horas de agonía.—El camino de la Cruz.—La hora de María desolada.—Oficio según el rito griego.—La academia de los Arcades.

¡El Viernes Santo! Roma está de luto; María está en el Calvario. Todo lo que la Jerusalem del Occidente posee de los vestigios de la Pasión ó de los instrumentos del deicidio, lo expone á la piedad de los peregrinos y lo venera ella misma con las lágrimas en los ojos. Desde por la mañana está abierto el tesoro de Santa Cruz en Jerusalem; el rótulo de la Santa Cruz, el clavo y las otras grandes reliquias se exponen solemnemente á la veneración de los fieles. 1 Por la

1 Las más insignes reliquias de Santa Cruz en Jerusalem, son: dos espinas de la Santa Corona, un clavo y el rótulo de la Cruz. El rótulo es una plancha de madera de color negrozco, de cerca de una pulgada de espesor por seis ó siete de anchura y diez de longitud. La inscripción en hebreo, en griego y en latín, está escrita de derecha á izquierda, según la manera de los judíos. Encima está el hebreo, en medio el griego, abajo el latín. *Hebraice, grece y latine*, como lo dice con tanta precisión San Juan Evangelista. No se leen más que estas palabras: *Nazarenus Rex*, escritas como sigue: ER SUNKRAZAN; estas palabras se repiten en griego y en hebreo.

Las dos partes extremas del rótulo, que tienen el resto de la inscripción, han sido quitadas por un cardenal español (creo que se llama Mendoza) que siendo protector de Santa Cruz, quiso hacer gozar á su patria de una porción de aquella reliquia infinitamente preciosa. Pero se conserva en Santa Cruz el *fac-simile* del rótulo entero, que puede tener dos pies de largo y siete pulgadas de alto.

tarde, al otro extremo de la ciudad, en la basílica vaticana, se dará este espectáculo; tendrá por testigos al Vicario de Jesucristo mismo, á todos los jefes de la catolicidad y á una multitud de peregrinos que llegan de todas partes del mundo. En el intervalo, Roma deja oír continuamente su voz doliente, todos sus santuarios resuenan con acentos de dolor. En ninguna parte son más tiernos que en la capilla Sixtina.

El oficio ha comenzado en medio de un lúgubre aparato; Moisés y los profetas han llorado la muerte del justo; el justo ha rogado por sus verdugos, las oraciones *sacerdotales* se han acabado, todo se prepara para la adoración de la cruz; un poco más y veis al Pontífice de blancos cabellos y á todo el Sacro Colegio prosternados sobre la tierra. El cardenal celebrante es el único que está en pié, descubriendo uno tras otro los brazos de la cruz como para manifestar el gran misterio del Calvario. Cuando la ha depositado en un rico cojín, hé aquí cuatro prelados y un ayuda de cámara que se acercan respetuosamente al Soberano Pontífice, estando en su trono. Se ponen de rodillas delante del Santo Padre y le quitan sus sandalias. El Vicario de Jesucristo, revestido solamente con la alba, el cordon, la estola violeta y la mitra blanca, se adelanta descalzo y con las manos juntas hácia la extremidad inferior de los bancos del Sacro Colegio; allí se le quita también la mitra y el solideo. Despojado de todas las insignias de su suprema dignidad, hace una primera genuflexión seguida de otras dos á medida que avanza hácia la cruz, la cual adora y luego besa.

Tres veces la frente del augusto anciano toca el pavimento del santuario; y cuando prosternado en medio de la capilla, descansa sus labios en las llagas sagradas del Dios crucificado, la fe del cris-

tiano se exalta al ver aquella cruz, ántes objeto de ignominia, recibir en aquel día, después de haber subyugado al mundo, los homenajes de todo lo que hay de más grande en la tierra. 1

Pero ¿qué se diría de lo que siente el corazón durante aquella sublime y tierna ceremonia? En el momento en que el Santo Padre hace la primera genuflexión, comienza el coro, con una voz baja y dolorosa, el canto tan tierno del *Improperium popule meus, quid feci tibi?* "Pueblo mío, ¿qué te he hecho?" Es imposible expresar el efecto de estos reproches divinos cuando se los oye repetidos en la capilla Sixtina en las notas inmortales de Palestrina. Las palabras del Salvador son cortadas por el trisagio angélico: *Santus, Deus, Sanctus, fortis, Sanctus immortalis, miserere nobis.* "Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, tened piedad de nosotros;" esto es lo que en su admiración y en su dolor puede decir la milicia cristiana á la gran Víctima. El trisagio se cantó en griego y en latín. La Iglesia de Oriente y de Occidente, ó más bien dicho, la única esposa del Hombre-Dios, toma todos los idiomas para exhalar los sentimientos que la oprimen.

Después del Santo Padre, todos los cardenales, patriarcas, primados, arzobispos, obispos, generales de las órdenes, van descalzos y con las manos juntas á hacer la adoración. Cuando el Soberano Pontífice ha rendido sus homenajes al Dios crucificado, pone en el platillo de plata dorada, que está á la derecha de la cruz, una bolsa de damasco violeta que contiene cien escudos de oro; todos los cardenales depositan en él cada uno un escudo de oro. Jesús, rey en su cuna y rey en el instrumento del suplicio, tiene derecho al tributo del mundo. En Betlehem fué pagado

1 Capillas papales p. 488.

este tributo á la vista de José y de María por los monarcas de Oriente; en Roma lo es ofrecido en presencia de los príncipes y de los embajadores de las naciones civilizadas por el rey de la Ciudad Eterna, jefe augusto de toda la cristiandad.

Terminado el oficio se expuso en el altar una parte considerable de la verdadera cruz; allí estuvo hasta después de las tinieblas. Roma quiere que el recuerdo de la gran Víctima llene hasta los instantes del día que quedan libres por las ceremonias públicas.

A las veintiuna horas y media de Italia, entráramos á la capilla Sixtina para asistir á las tinieblas. Todo el oficio es una larga y sublime elegía. La Iglesia es una esposa desolada que llora en una tumba. Mas no llora como los que han perdido la esperanza; su dolor es tranquilo y de su corazón afligido se escapan de vez en cuando algunos acentos de inefable consuelo. Para ella como para el real Profeta cuya voz toma, la muerte y la resurrección de la gran Víctima se tocan y se confunden. De ahí un doble sentimiento de tristeza y de alegría que domina el oficio y pone sucesivamente en juego los dos resortes del alma cristiana: la naturaleza y la fe. Bajo este punto de vista, las tinieblas cantadas el Viernes Santo me parecen más dramáticas todavía que las de la víspera. El *Miserere* de Allegri termina el oficio y por un instante la iglesia se abisma de nuevo en su inmenso dolor.

Este sentimiento de que no podéis sustraeros, es una preparación para la ceremonia que va á seguir. Toda la concurrencia, silenciosa y recogida, se dirigió á la basílica de San Pedro. Los granaderos de la milicia urbana formaban la valla en la gran nave; á la cabeza del cortejo se adelantaba lentamente la cruz papal dominando todas las frentes inclinadas; venían en seguida la familia pontifical y la casa